

## José Luis López Aranguren, 1909-1996

Por EUSEBIO FERNÁNDEZ GARCÍA

Catedrático de Filosofía del Derecho  
Universidad Carlos III de Madrid

Escribe Michel de Montaigne al comienzo del capítulo XIII del libro segundo de sus Ensayos que, «Cuando juzgamos la confianza de otro en la muerte, que es sin duda el acto más relevante de la vida humana, se hace necesario tomar en consideración una cosa: que difícilmente creemos haber llegado a este punto... Y ocurre esto porque nos damos demasiada importancia». Pues bien, el hecho irremediable de la muerte, sobre todo cuando el estado de salud de una persona no permite pensar en otra salida, no resta importancia al hecho y es una magnífica oportunidad para rememorar la vida de ciertos individuos ejemplares.

Me parece que no exagero al describir a Aranguren como uno de los intelectuales españoles más importantes de la segunda mitad del siglo. Sus aportaciones al estudio de la cultura y la sociedad contemporáneas, sus análisis de los logros, desafíos y límites de la democracia española y sus enormes conocimientos así lo constatan. Sus trabajos más directamente vinculados con su cátedra universitaria, la de Ética y Sociología de la Universidad de Madrid, están llenos de ideas y planteamientos notables y muchas veces originales, llamados a tener la enorme influencia que realmente han alcanzado en España. Así, la selectiva referencia de una extensa lista de libros, a obras como *La filosofía de Eugenio D'Ors* (1945), *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952), *Ética* (1957), *Ética y política* (1963) *El marxismo como moral* (1968), *La cultura española y la cultura establecida* (1975) o *Ética de la felicidad y otros lenguajes* (1989), muestra una vida dedicada al estudio, con lecturas siempre al día y en estrecha y atractiva comunicación con las reflexiones e

ideas contemporáneas, a la vez que un extraordinario conocimiento de los mejores capítulos del pensamiento clásico.

Pero no solamente sus contribuciones se delimitan en el ámbito del magisterio de la ética teórica o del análisis crítico de la cultura y la sociedad contemporáneas, y todo ello estimulado por una independencia intelectual muy visible. Su conciencia crítica se apoya (a la vez que sirve para regenerarse mutuamente) en un claro y contundente compromiso práctico, solitario y solidario, como a él le gustaba definirse. Se trata de la figura del intelectual como moralista, otra de las expresiones utilizadas por Aranguren. «El intelectual debe ser la voz de los que no tienen voz», repite en una de sus últimas entrevistas.

Aranguren integró, por tanto, un talante moral y teórico, una forma de vivir y de pensar; fue un intelectual comprometido pero insobornable, alguien que gustaba de la provocación, del diálogo, que sabía escuchar, a la vez que detestaba los tópicos, la mediocridad y las fidelidades interesadas.

Buen número de filósofos del Derecho españoles nos sentimos discípulos suyos o deudores de sus ideas. Yo tuve, además, la oportunidad feliz, de ser su ayudante en los tres cursos que transcurrieron desde su reincorporación a la Cátedra de Ética y Sociología hasta su jubilación en el verano de 1979. Me correspondió además la tarea de ser su padrino en el acto de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad Carlos III de Madrid, en enero de 1993. Mi trato con él, una de esas experiencias inolvidables, que, muy de vez en cuando, la vida nos regala, no hizo más que acrecentar el respeto y el cariño hacia él profesado.

No creo que sea el momento, en una nota necrológica, de extenderme en su biografía o en la explicación de sus ideas. Lo he hecho en otros sitios y otros lo han efectuado con brillantez y profundidad. Simplemente me permito recomendar la lectura de dos entrevistas, la una realizada por Javier Muguerza para el libro «Retrato de José Luis L. Aranguren», publicado por el Círculo de Lectores en 1993; la segunda, hecha por su sobrina Begoña Aranguren unos días antes de su fallecimiento, apareció en «El País» del 18 de abril de 1996 junto con la noticia de su muerte. En ambas entrevistas se dibujan las características básicas de un filósofo lúcido y un hombre excepcional. Son el documento real de una vida que ha merecido la pena. A pesar de la muerte...